La naturaleza política del absolutismo ha sido frecuente tema de controversia dentro del materialismo histórico. Prosiguiendo el análisis iniciado en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Anderson sitúa a los estados absolutistas de los comienzos de la Edad Moderna sobre el telón de fondo del anterior feudalismo europeo. En la primera parte de la obra se analizan las estructuras generales del absolutismo como sistema de estados, en Europa occidental, a partir del Renacimiento; y se discute la difícil cuestión de las relaciones entre monarquía y nobleza que se institucionalizan a través del Estado absolutista, para cuya transformación en el tiempo el autor propone un esquema general de periodización. Se estudian después las trayectorias de los estados absolutistas de España, Francia, Inglaterra y Suecia, comparándolos con el caso italiano, en el que no llegó a formarse un verdadero absolutismo.

La segunda parte esboza una perspectiva comparativa del absolutismo en Europa oriental, para tratar de comprender las razones por las que las distintas condiciones sociales de la mitad más atrasada del continente desembocan, no obstante, en formas políticas aparentemente similares a las occidentales. Se estudian las monarquías absolutistas de Prusia, Austria y Rusia; el contraejemplo polaco muestra cuál es el precio histórico de la incapacidad de la nobleza y la monarquía polacas para crear un Estado absolutista; el imperio otomano de los Balcanes se utiliza como contraste para subrayar la singularidad del absolutismo como fenómeno europeo.

La obra se cierra con una discusión de la posición especial que ocupa el desarrollo europeo en la historia universal, haciendo hincapié en el significado de la herencia de la Antigüedad clásica. Dos extensos apéndices estudian, por último, la noción de «modo de producción asiático» y la trayectoria histórica del feudalismo japonés, el único feudalismo surgido fuera de Europa.

Perry Anderson es bien conocido por su labor como editor y autor en *New Left Review*. Siglo XXI ha publicado también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.

siglo veintiuno editores

ISBN 968-23-0946-8

9 789682 309465

EL ESTADO ABSOLUTISTA · perry anderson

EL ESTADO ABSOLUTISTA

siglo veintiuno editores

perry anderson

Traducción de
SANTOS JULIÁ

EL ESTADO ABSOLUTISTA

por
PERRY ANDERSON

7. LA CASA DEL ISLAM

La primera guerra mundial, que enfrentó a los grandes estados capitalistas del oeste y destrozó a los últimos estados feudales del Este, tuvo su origen en un rincón de Europa en el que el absolutismo nunca echó raíces. Los Balcanes constituían una subregión geopolítica diferente, cuya evolución anterior la alejaba del resto del continente. Esta ausencia de una integración tradicional y estable en el sistema internacional de estados de finales del siglo XIX y principios del XX fue, precisamente, lo que convirtió a los Balcanes en el «polvorín» de Europa que, al final, hizo estallar la conflgración de 1914. El modelo de desarrollo de este sector del continente proporciona así un control y un epílogo aduecados al estudio del absolutismo. Durante toda su existencia en el continente europeo, el imperio otomano se mantuvo como una formación social aparte. Los Balcanes situados bajo el dominio de la Puerta aparecen separados del panorama general de Europa a causa del sometimiento islámico. Sin embargo, la dinámica y las estructuras reguladoras del Estado turco tienen un alto significado comparativo por el contraste que presentan respecto a todas las variantes del absolutismo europeo. Por otra parte, el carácter del sistema otomano proporciona la explicación básica de por qué la península balcánica continuó evolucionando, tras la última crisis medieval, de acuerdo con unas pautas completamente distintas a las del resto de Europa y cuyos resultados perduraron hasta bien entrado el siglo XX.

Los guerreros turcos que invadieron Anatolia oriental en el siglo XI eran todavía unos nómadas del desierto. Sus éxitos en Asia Menor, donde los árabes habían fracasado, se debían en parte a la similitud del medio climático y geográfico con el de las planicies frías y secas del Asia central, de las que procedían: el camello de Bactria, su medio esencial de transporte, se adaptaba perfectamente a las altiplanicies de Anatolia que, por el contrario, eran impracticables para el dromedario tropical árabe [1]. A pesar de todo, los turcos no llegaban únicamen-

[1] Xavier de Planhol, *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, París, 1968, pp. 39-44, 208-9.

te como primitivos habitantes de las estepas. A partir del siglo IX, muchos esclavos turcos, procedentes del Asia central, habían servido en el Oriente Medio a las dinastías abásida y fatimita como simples soldados y como oficiales, ocupando a menudo los puestos más altos. Su analogía con el papel de las tribus germanas fronterizas en el imperio romano tardío se ha destacado con frecuencia. Cincuenta años antes de la batalla de Manzikert, los selyúcidas habían bajado de sus oasis de Turkestán hasta Persia y Mesopotamia, derrocando al languideciente Estado de los búyidas y creando el gran imperio selyúcida con capital en Bagdad. La mayor parte de estos conquistadores turcos se hicieron sedentarios al transformarse en administración y ejército profesionales del nuevo sultanato, que, por su parte, heredó y asimiló las antiguas y afincadas tradiciones urbanas del «Viejo Islam», con sus profundas influencias persas, pasadas por el tamiz del legado del califato abásida. Al mismo tiempo, sin embargo, una permanente zona fronteriza de nómadas turcomanos no pacificados presionaba de forma desordenada sobre los límites del nuevo imperio. Con objeto de acorralar y disciplinar a esos grupos, Alp Arslan se dirigió al Cáucaso y, en su camino, se encontró casualmente con la decisiva destrucción del ejército bizantino en Manzikert [2]. Como hemos visto antes, a esta victoria no siguió ninguna invasión organizada de Anatolia por el sultanato selyúcida: sus preocupaciones militares se dirigían hacia el Nilo, pero no hacia el Bósforo. Quienes heredaron los frutos de Manzikert fueron los pastores turcomanos, que a partir de entonces pudieron adentrarse sin ningún obstáculo en el interior de Anatolia. Estos guerreros y aventureros fronterizos no sólo buscaban tierras para sus rebaños, sino que, por un proceso de autoselección, estaban marcados por el sello *gazi*, una fe musulmana militante, de cruzada, que rechazaba cualquier acuerdo con los infieles, como los que rechazaban a los estados establecidos del Viejo Islam [3]. Sin embargo, una vez que Anatolia quedó efectivamente ocupada por las sucesivas oleadas de emigración llegadas entre los siglos XI y XIII, el mismo conflicto se reprodujo en Asia Menor. El nuevo sultanato selyúcida de Rum, centrado en Konya, reconstruyó muy pronto

[2] C. Cahen, «La campagne de Manzikert d'après les sources musulmanes», *Byzantion*, IX, 1934, pp. 621-42.

[3] Paul Wittek, *The rise of the Ottoman empire*, Londres, 1963, pp. 17-20. Esta breve y brillante monografía es la obra básica sobre la naturaleza de la primera expansión otomana.

un próspero Estado de inspiración persa que tuvo constantes problemas con los emiratos *gazis*, mucho más anárquicos, que le rodeaban, especialmente el de Danishmend, al que finalmente llegaron a dominar. Sin embargo, todos los estados turcos rivales de Anatolia, de cualquier tipo que fuesen, se rindieron muy pronto ante las invasiones mogolas del siglo XVII. La región volvió a ser un mosaico de pequeños emiratos y de pastores errantes. En medio de esta confusión surgió, a partir de 1302, el sultanato osmanli para convertirse en el poder dominante no sólo en Turquía, sino en todo el mundo islámico.

La dinámica peculiar del Estado otomano, que lo situó muy por delante de sus rivales de Anatolia, radica en su original combinación de principios *gazis* y del Viejo Islam[4]. Fortuitamente situado inicialmente en las planicies niceas, contiguas a los restos del imperio bizantino, su cercanía fronteriza con el mundo cristiano mantuvo en toda su plenitud el fervor militar y religioso, mientras que los otros emiratos del interior caían en una relativa laxitud. Los dirigentes osmanlis se concibieron desde el principio como misioneros *gazi* en guerra santa contra los infieles. Al mismo tiempo, su territorio se extendía a lo largo de la principal ruta comercial del Asia Menor, y de ahí que atrajera tanto a mercaderes y artesanos como a los ulemas religiosos, que eran los elementos sociales indispensables para el viejo Estado islámico, con una solidez institucional incompatible con el nomadismo y la idea de cruzada. De este modo, el sultanato osmanli, que desde 1300 a 1350 se había fortalecido en la práctica continua de la guerra, llegó a unir la complejidad legal y administrativa de las viejas ciudades islámicas con el furioso celo militar y proselitista de los *gazi* fronterizos. Al mismo tiempo, algunos de sus impulsos sociales

[4] Wittek, *The rise of the Ottoman empire*, pp. 37-46. El análisis del doble principio del Estado otomano realizado por Wittek es, en realidad, un eco indirecto de la célebre división de la historia islámica, hecha por Ibn Jaldun, en fases alternas de *asabiyya* nómada (caracterizada por el fervor religioso, la solidaridad social y el valor militar) y de *farâgh* o *dia* urbana (caracterizada por la prosperidad económica, la complejidad administrativa y el ocio cultural), a las que consideraba mutuamente incompatibles, porque la civilización urbana era incapaz de resistir la conquista nómada, y la fraternidad nómada era incapaz de sobrevivir dentro de la corrupción urbana, lo que provocaba una historia cíclica de formación y desintegración del Estado. El estudio de Wittek sobre el imperio otomano puede leerse como una inversión sutil de esa hipótesis: en el Estado turco se realiza por vez primera la armonía estructural de los dos principios contradictorios del desarrollo político islámico.

básicos procedían aún de la búsqueda nómada de tierra, que había sido la fuerza impulsora de la primera ocupación turca de Anatolia[5]. La expansión territorial fue también un proceso de colonización económica y demográfica.

La Europa cristiana sintió muy pronto el potencial explosivo de esta fórmula política. Conocemos bien el avance triunfal de los ejércitos turcos en los Balcanes, alcanzando el interior de la península y rodeando a la cercada capital bizantina. En 1354, los turcos se habían establecido en Gallípolis; en 1361 tomaron Adrianópolis; en 1389, las fuerzas servias, bosnias y búlgaras fueron aniquiladas en Kosovo, con lo que quedó destrozada la resistencia eslava organizada en la mayor parte de la zona. Tesalia, Morea y Dobrudja fueron tomadas poco después. En 1396, la cruzada que se envió para detener su avance fue derrotada en Nicópolis. A esto siguió una breve pausa cuando el ejército de Bayaceto, que estaba ocupado en anexionar por la fuerza los emiratos musulmanes de Anatolia, se encontró con las huestes de Tamerlán, que recorrían la zona, y fue liquidado en Ankara, en buena medida porque sus contingentes *gazi* desertaron ante lo que creían una causa profana y fratricida. Llamado de nuevo a su vocación religiosa, el Estado osmanli se reconstruyó lentamente en los cincuenta años siguientes al otro lado del Bósforo y transfiriendo su capital a Adrianópolis, en primera línea de la guerra con la cristiandad[6]. En 1453, Mehmet II tomó Constantinopla. En la década de 1460 fueron tomadas Bosnia, en el norte y el emirato karamánida en Cilicia. En la década de 1470, el janato tártaro de Crimea fue reducido a la condición de vasallo y una guarnición turca se estableció en Caffa. En los primeros veinte años del siglo XVI, Selim I conquistó Siria, Egipto y el Hejaz. En la década siguiente, los otomanos tomaron Belgrado, sometieron la mayor parte de Hungría y sitiaron a la misma Viena. En esos momentos ya había sido invadida la mayor parte de la península balcánica. Grecia, Servia, Bulgaria, Bosnia y Hungría oriental eran provincias otomanas. Moldavia, Valaquia y Transilvania

[5] Ernst Werner, *Die Geburt einer Grossmacht: die Osmanen*, pp. 19, 95. La obra de Werner es el principal estudio marxista sobre la expansión del poderío otomano: su crítica del olvido por Wittek del hambre tribal de tierra que mueve el primer expansionismo osmanli está basado, sin embargo, en las investigaciones del historiador turco Omer Barkan.

[6] P. Wittek, «De la défaite d'Ankara à la prise de Constantinople (un demi-siècle d'histoire ottomane)», *Revue des Etudes Islamiques*, I, 1948, páginas 1-34.

eran principados tributarios, bajo soberanos cristianos satélites, rodeados por territorios del Danubio y el Dniester, dominados directamente por los turcos. El mar Negro era un lago otomano. En Oriente Medio, mientras tanto, fue anexionado Irak y el Cáucaso fue absorbido inmediatamente después. En el Magreb, Argel, Trípoli y Túnez fueron sometidas sucesivamente a la soberanía turca. A partir de entonces, el sultán fue califa de todas las tierras sunnitas del Islam. En el momento de su apogeo bajo Solimán I, a mediados del siglo XVI, el reino osmanli era el imperio más poderoso del mundo. Eclipsando a su más cercano rival europeo, Solimán I gozaba de unos ingresos que doblaban los de Carlos V.

¿Cuál era la naturaleza de este coloso asiático? Sus contornos ofrecen un extraño contraste con los del contemporáneo absolutismo europeo. El fundamento económico del despotismo osmanli era la ausencia prácticamente total de propiedad privada de la tierra[7]. Toda la tierra cultivable o pastoril del imperio se consideraba patrimonio personal del sultán, con excepción de los lotes religiosos o *waqf*[8]. Según la teoría política otomana, el atributo fundamental de la soberanía era el derecho ilimitado del sultán a explotar todas las fuentes de riqueza de su reino como sus posesiones imperiales[9]. En consecuencia, no podía existir una nobleza estable y hereditaria en

[7] Para Marx, ésta era la característica fundamental de todas las formas de lo que, siguiendo una antigua tradición, llamó «despotismo asiático». Al comentar la célebre descripción de la India de los mogoles, hecha por Bernier Marx escribió a Engels: «Bernier piensa con razón que la base de todos los fenómenos del Este —se refiere a Turquía, Persia e Indostán— es la *ausencia de propiedad privada de la tierra*. Esta es la verdadera clave, incluso del cielo oriental» (*Selected correspondence*, página 81 [*Correspondencia*, p. 62]). Los comentarios de Marx sobre el «modo de producción asiático» plantean muchos problemas, que analizaremos más adelante. Si conservamos, por el momento, el uso del término «despotismo» para el Estado otomano, debe entenderse en un sentido estrictamente provisional y meramente descriptivo. En esta época todavía faltaban los conceptos científicos para el análisis de los estados orientales.

[8] H. A. R. Gibb y H. Bowen, *Islamic society and the West*, vol. I, parte I, Londres, 1950, pp. 236-7. Las casas, las viñas y los huertos situados dentro del recinto de la aldea eran propiedad privada (*mulk*), como lo era también la mayor parte de la tierra urbana (el significado de estas excepciones —horticultura y ciudades— se estudiará en su contexto islámico general). En 1528, alrededor del 87 por 100 de la tierra otomana era *miri* o propiedad del Estado: Halil Inalcik, *The Ottoman empire*, Londres, 1973, p. 110.

[9] Stanford Shaw expresa gráficamente esta concepción en «The Ottoman view of the Balkans», en C. y B. Jelavich, comps., *The Balkans in transition*, Berkeley y Los Angeles, 1963, pp. 59-60.

el imperio, porque no había ninguna propiedad segura que pudiera fundamentarla. La riqueza y el honor eran términos equiparables al Estado, y el rango era una simple función de la posición que se tuviera en él. El Estado se dividía de forma confusa en dos columnas paralelas, que los historiadores europeos (pero no los propios pensadores otomanos, lo que es significativo) llamaron posteriormente la «institución de gobierno» y la «institución musulmana (o religiosa)», aunque nunca existió una separación absoluta entre ambas[10]. La institución de gobierno comprendía todo el aparato militar y burocrático del imperio. La inmensa mayor parte de su estrato superior estaba formada por esclavos ex cristianos, cuyo núcleo había sido reclutado gracias a la invención de la *devshirme*. Esta institución, probablemente creada en la década de 1380, fue la expresión más notable de la interpenetración de los principios *gazi* y de los principios del Viejo Islam que definió al conjunto del sistema otomano ascendente[11]. Todos los años se reclutaban niños varones de las familias cristianas de las poblaciones sometidas de los Balcanes. Una vez arrebatados a sus padres, se enviaban a Constantinopla o Anatolia, para ser educados en la fe musulmana y preparados para los puestos de mando en el ejército o la administración como servidores inmediatos del sultán. De esta forma se conciliaban la tradición *gazi*, de conversión religiosa y expansión militar, y la tradición del Viejo Islam, de tolerancia y recaudación de tributos de los no creyentes.

La *devshirme* proporcionaba entre 1.000 y 3.000 reclutas esclavos para la institución de gobierno todos los años. A este número se añadían otros 4.000 ó 5.000 prisioneros de guerra o comprados en el extranjero, que pasaban por el mismo proceso de adiestramiento para su elevación a la prepotencia y la servidumbre[12]. Constituido de esta forma, el cuerpo de escla-

[10] Las expresiones «Ruling Institution» (institución de gobierno) y «Muslim Institution» (institución musulmana) fueron acuñadas por vez primera por A. H. Lybyer, *The government of the Ottoman empire in the time of Suleiman the Magnificent*, Cambridge (Massachusetts), 1913, páginas 36-8. N. Itzkowits ha criticado su general aceptación por los investigadores posteriores en «Eighteenth century Ottoman realities», *Studia Islamica*, XVI, 1962, pp. 81-2, pero sin aportar ninguna prueba decisiva contra su uso para el siglo XVI.

[11] S. Vryonis, «Isidore Glabas and the Turkish devshirme», *Speculum*, XXXI, julio de 1956, 3, pp. 433-43, ha establecido la cronología moderna de la institución.

[12] Inalcik, *The Ottoman empire*, p. 78; L. S. Stavrianos, *The Balkans*

vos del sultán suministraba los rangos más altos de la burocracia imperial, desde el supremo cargo de gran visir hasta los puestos provinciales de *beylerbeys* y *sanjakbeys*, y proporcionaba además la totalidad del ejército permanente de la Puerta, compuesto por la caballería especial de la capital y los famosos regimientos jenízaros, que constituían los ejércitos selectos de infantería y artillería del poderío otomano. (Una de las principales funciones de la *devshirme* consistía, precisamente, en proporcionar unos soldados de a pie disciplinados y dignos de confianza en una época en la que el predominio internacional de la caballería estaba llegando a su fin y los jinetes turcomanos se estaban mostrando como material poco propicio para su conversión en una infantería profesional.) La sorprendente paradoja de una sinarquía de esclavos —inconcebible en el feudalismo europeo— tiene su explicación inteligible en el marco del conjunto del sistema social del despotismo osmanli [13], porque había un vínculo estructural entre la ausencia de propiedad privada de la tierra y la importancia de la propiedad estatal de los hombres. En efecto, cuando el estricto concepto jurídico de propiedad fue suprimido en el terreno fundamental de la riqueza básica de la sociedad, se disolvieron y transformaron por el mismo hecho las connotaciones convencionales de posesión en el ámbito de la mano de obra. Una vez

since 1453, Nueva York, 1958, p. 84. De forma excepcional, la *devshirme* se extendió en Bosnia a las familias musulmanas locales.

[13] Naturalmente, el sistema otomano tenía profundas raíces en las anteriores tradiciones musulmanas. Como veremos, las élites de guardias y jefes esclavos tenían precedentes significativos en la historia islámica. La condición histórica del dominio político de estas tropas palatinas era la ausencia de utilización *económica* del trabajo esclavo en la rama de producción dominante, la agricultura. El mundo musulmán importaba tradicionalmente esclavos para su uso doméstico y suntuario, que siempre se distinguieron radicalmente de los privilegiados esclavos «militares». La esclavitud sólo fue predominante en la economía agraria en el caso excepcional del sur de Irak durante la época de los abasidas, episodio relativamente breve que provocó las insurrecciones Zany a finales del siglo IX. Parece que en el imperio turco algunas tierras situadas fuera del sistema agrario normal fueron cultivadas por aparceros esclavos, adquiridos en el extranjero mediante la guerra o la compra. Pero esta fuerza de trabajo marginal llegó a asimilarse durante el siglo XVI, por lo general, a la condición del campesino ordinario. Al mismo tiempo, el monopolio legal de la tierra del que disfrutaban los sultanes otomanos también se basaba en anteriores tradiciones islámicas, que databan de las primeras conquistas árabes en el Oriente Próximo. Estos dos caracteres del sistema turco no eran, pues, fenómenos arbitrarios ni aislados, sino la culminación de un largo y coherente desarrollo histórico, de que nos ocuparemos más adelante.

que la propiedad de la tierra era prerrogativa de la Puerta, ya no era degradante ser propiedad humana del sultán: la «esclavitud» ya no se definía por oposición a la «libertad», sino por la cercanía al acceso a la dirección del imperio, una cercanía necesariamente ambigua que implicaba la heteronomía más completa, el privilegio sin límites y el poder. La paradoja de la *devshirme* era, pues, perfectamente lógica y funcional en su más alto grado dentro de la sociedad otomana.

Por otra parte, el cuerpo de esclavos del sultán no agotaba toda la institución de gobierno, sino que coexistía con el nativo estrato militar islámico de guerreros *sipahis*, que ocupaban dentro del sistema una posición muy diferente pero complementaria. Estos soldados musulmanes de a caballo constituían una caballería «territorial» en las provincias y se alojaban en las propiedades territoriales del sultanato, o *timars* (que en algunos casos podían formar unidades más grandes, o *ziamets*), de las que podían recibir unos ingresos cuidadosamente establecidos a cambio del servicio militar que prestaban. La renta procedente del *timar* determinaba la amplitud de las obligaciones de su titular: por cada 3.000 aspers, los *timariot* tenían que proporcionar un jinete adicional. Los *sipahis* fueron establecidos por Murad I en la década de 1360, y se ha estimado que en 1475 había unos 22.000 en Rumelia y 17.000 en Anatolia, donde los *timars* eran normalmente más pequeños [14]. La reserva total de caballería que podía movilizarse gracias a este sistema era, por supuesto, mucho mayor. Había una competencia continua por los *timars* en las fronteras europeas del imperio; entre otros, los jenízaros victoriosos las recibían como premio a sus servicios. La Puerta nunca extendió plenamente este sistema hasta las más remotas tierras árabes, conquistadas en su retaguardia a principios del siglo XVI, donde podía prescindir de los servicios de caballería que necesitaba en sus fronteras cristianas y en las zonas turcas situadas inmediatamente detrás. Así, las provincias de Egipto, Bagdad, Basora y el golfo Pérsico no tenían tierras *timar*, pero estaban guarnecidas por tropas jenízaras y pagaban una suma anual fija al tesoro central en concepto de impuestos. Estas regiones tenían en el imperio una función económica mucho más importante que la

[14] Inalcik, *The Ottoman empire*, pp. 108, 113. La historia otomana ha sido todavía poco investigada: las estimaciones estadísticas discrepan normalmente según las diferentes autoridades. El mismo estudio de Inalcik contiene dos datos aparentemente contradictorios sobre el número de *sipahis* en el reinado de Solimán I: pp. 48 y 108.

militar. El eje original del orden otomano pasaba a través de los Estrechos, y las instituciones que prevalecían en las «madres patrias» de Rumelia y Anatolia —sobre todo Rumelia— fueron las que definieron su forma básica.

En el imperio otomano, los *timariots* y los *zaims* representaban la analogía más cercana a una clase de caballeros. Pero las propiedades *timar* no eran, en modo alguno, verdaderos feudos. Aunque los *sipahis* realizasen en sus localidades algunas funciones administrativas y de policía para el sultanato, no ejercían un dominio feudal o una jurisdicción señorial sobre los campesinos que trabajaban en sus *timars*. Los *timariots* no desempeñaban prácticamente ningún papel en la producción rural, sino que eran elementos exteriores a la economía agraria. Los campesinos tenían una seguridad hereditaria sobre las parcelas que cultivaban, mientras que los *timariots* carecían de ella: los *timars* no se podían heredar, y a la llegada de cada nuevo sultán eran cambiados sistemáticamente para impedir que los *timariots* se hicieran fuertes en ellos. Los *timars*, más cercanos jurídica y etimológicamente al sistema *pronoia* que les precedió, tenían un alcance mucho más limitado y estaban controlados desde el centro con más firmeza de lo que había estado el sistema griego [15]. En el imperio otomano comprendían menos de la mitad de las tierras cultivadas de Rumelia y Anatolia, el resto de las cuales (excepto los *waqfs*) estaba reservado para el uso directo del sultán, de la familia imperial o de los altos funcionarios de palacio [16]. El estrato *timariot* era, pues, en esta época, un componente económica y políticamente subordinado, aunque poderoso, del orden dominante.

Relativamente separada del complejo burocrático-militar de la «institución de gobierno» estaba la «institución musulmana», que comprendía el aparato religioso, legal y educativo del Estado y estaba dirigida, con pocas excepciones, por nativos islámicos ortodoxos. Los jueces (*kadis*), los teólogos (*ulemas*), los maestros (*medresas*) y una masa de otros clérigos estipendiarios llevaban a cabo las tareas ideológicas y jurídicas esenciales del sistema otomano de dominación. La cima de la «institución musulmana» era el mufti de Estambul, o *Sheikh ul-Islam*, supremo dignatario religioso que interpretaba para los creyentes la ley sagrada de la Saria. La doctrina islámica nunca había admitido una separación o distinción entre la Iglesia y el Estado; esta idea apenas tenía algún sentido para ella. El imperio osmanli fue el primer sistema político musulmán que creó una jerarquía religiosa especialmente organizada, con un clero comparable al de una verdadera Iglesia. Además, esta jerarquía era la que proporcionaba el personal judicial y civil más importante del aparato del Estado, porque los *kadis* que se reclutaban de entre los *ulemas* eran los pilares de la administración provincial otomana. Así pues, también en este caso actuaba un nuevo complejo de presiones *gazis* y del Viejo Islam. El celo religioso de las primeras encontró una salida en el oscurantismo fanático de los *ulemas* turcos, mientras que el peso social de las segundas quedaba a salvo por medio de su firme integración en la maquinaria del sultanato. Una consecuencia de todo esto fue que, en algunas ocasiones, el *Sheikh ul-Islam* pudo bloquear algunas iniciativas de la Puerta invocando principios de la Saria, de los que él era el guardián oficial [17]. En cierto sentido, esta limitación formal de la autoridad del sultán era la contrapartida del nuevo poder asumido por el Estado otomano desde la creación de un aparato eclesiástico profesional. Esta práctica no cancelaba en modo alguno el despotismo político ejercido por el sultán sobre sus posesiones imperiales, que correspondía plenamente a la definición weberiana de la burocracia patrimonial, en la que los problemas del derecho siempre tienden a convertirse en simples cuestiones de administración, ligadas a la tradición consuetudinaria [18].

Dado que el conjunto del territorio cultivable del imperio se consideraba propiedad del sultanato, el objetivo interno fundamental del Estado otomano, que determinaba su organización y división administrativa, era lógicamente la explotación fiscal

[15] S. Vryonis, «The Byzantine legacy and Ottoman forms», *Dumbarton Oaks Papers*, 1969-70, pp. 273-5.

[16] Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 45-56; L. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, pp. 86-7, 99-100.

[17] Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 85-6.

[18] Véanse las observaciones de Weber, *Economy and society*, II, pp. 844-845. De hecho, Weber consideraba al Oriente Próximo como el «lugar clásico» de lo que precisamente llamó «sultanismo»: *Economy and society*, III, p. 1020. Al mismo tiempo, tuvo cuidado en subrayar que incluso el despotismo personal más arbitrario actuaba siempre dentro de un marco ideológico ligado a la tradición: «Llámase *dominación patrimonial* a toda dominación primariamente orientada por la tradición, pero ejercida en virtud de un derecho propio; y es *sultanista* la dominación patrimonial que se mueve, en la forma de su administración, dentro de la esfera del arbitrio libre, desvinculado de la tradición [...] La forma sultanista del patrimonialismo es a veces en su apariencia externa —en realidad nunca— plenamente tradicionalista. Sin embargo, no está *racionalizada*, sino desarrollada en ella en extremo la esfera del arbitrio libre y de la gracia. Por esto se distingue de toda forma de dominación racional». *Economy and society*, I, p. 232 [*Economía y sociedad*, I, p. 185].

de las posesiones imperiales. Para este propósito, se dividió a la población en una clase dominante *osmanlilar*, que integraba las instituciones de gobierno y religiosa, y una clase súbdita *rayah*, compuesta por musulmanes o infieles. La gran mayor parte de esta última, por supuesto, eran campesinos, que en los Balcanes eran cristianos. Bajo el dominio otomano nunca se llevó a cabo ningún intento de imponer la conversión en masa de las poblaciones cristianas de los Balcanes. Si se hubiera hecho esto, se habría prescindido de las ventajas económicas ofrecidas por una clase infiel *rayah*, que por las antiguas tradiciones del Viejo Islam y de la Saria podía ser sometida a impuestos especiales no extensibles a los súbditos musulmanes, lo que creaba un conflicto directo entre la tolerancia motivada por los impuestos y la conversión motivada por el celo misionero. Como ya hemos visto, el *devshirme* resolvía este problema para los osmanlis extrayendo grupos de niños islamizados, mientras dejaba el resto de la población en su fe tradicional y pagando por ello el precio tradicional. Todos los *rayahs* cristianos tenían que pagar un impuesto especial de capitación al sultán y diezmos para el mantenimiento de los *ulemas*. Además de esto, los campesinos que cultivasen tierras de *timars* o *ziamets* tenían que pagar rentas en dinero a los titulares de esos beneficios. La Puerta fijaba con todo detalle el importe de estas rentas, que no podían ser arbitrariamente cambiadas por el *timariot* o el *zaim*. A los arrendatarios se les garantizaba la seguridad de su posición, para asegurar así la estabilidad de las rentas fiscales, y se les protegía contra las exacciones señoriales, para impedir cualquier apropiación local del excedente destinado al centro imperial. Las prestaciones de trabajo que habían existido bajo los príncipes cristianos fueron reducidas o abolidas [19]. El derecho de los campesinos a cambiar de residencia quedó bajo control, aunque no fue eliminado completamente; en la práctica, la competencia entre los *timariots* por la mano de obra favorecía la movilidad informal en el campo. Así, durante los siglos XV y XVI, el campesinado de los Balcanes se encontró de pronto liberado de la creciente degradación

[19] El código de Dushan obligaba a los campesinos servios a trabajar las tierras de su señor dos días a la semana. De acuerdo con Inalcik, bajo el dominio otomano el *rayah* debía prestar al *sipahi* únicamente tres días de trabajo al año: *The Ottoman empire*, p. 13. Pero el relato posterior de los servicios que debían a los propietarios de *timars* no concuerda con esa pretensión tan baja (pp. 111-2). No hay ninguna razón, sin embargo, para dudar de la relativa mejora en la posición del campesinado de los Balcanes.

servil y de la explotación señorial de los señores cristianos y transportado a una condición social que, paradójicamente, era en muchos aspectos más llevadera y más libre que en cualquier otro país de la Europa oriental en la misma época.

El destino de los campesinos de los Balcanes contrasta con el de sus señores tradicionales. En las primeras fases de la conquista turca, algunos sectores de las aristocracias cristianas locales de los Balcanes se pasaron al campo de los otomanos, luchando con ellos en el campo de batalla en calidad de auxiliares y aliados tributarios. Este tipo de colaboración tuvo lugar en Servia, Bulgaria, Valaquia y en otros lugares. Pero con la consolidación del poderío imperial otomano en Rumelia, la autonomía residual de estos señores llegó a su fin. Unos pocos —en su mayor parte, de Bosnia— se convirtieron al Islam y quedaron asimilados a la clase dominante otomana. A otros, sin necesidad de conversión, se les concedieron *timars* en el nuevo sistema agrícola. Pero los *timariots* cristianos no fueron numerosos, y sus propiedades eran normalmente modestas, con pequeños ingresos. Al cabo de pocas generaciones habían desaparecido por completo [20]. Así pues, en la mayor parte de los Balcanes quedó eliminada muy pronto la nobleza étnica local, un hecho de gran importancia para el futuro desarrollo social de esta zona. Más allá del Danubio, en Valaquia, Moldavia y Transilvania, el sultanato nunca procedió a una ocupación y administración directas. En Valaquia y Moldavia se permitió a la clase boyarda rumana —recientemente formada y que acababa de aparecer en la etapa de unificación política y de sometimiento económico del campesinado indígena— la conservación de sus tierras y del poder provincial, con la única obligación de pagar a Estambul un fuerte tributo anual en especie. En Transilvania se dejó a los terratenientes magiares el dominio de una población que en su mayor parte les era étnicamente ajena: rumanos, sajones o *szekels*. Por lo demás, el dominio otomano sobre el sudeste de Europa limpió a los Balcanes de toda nobleza local. Las últimas consecuencias de estos profundos cambios en los sistemas sociales indígenas fueron complejas y contradictorias.

Por una parte, y después de la consolidación de la conquista turca, esos cambios condujeron a una mejora definitiva en las condiciones materiales del campesinado. Y no sólo porque se

[20] H. Inalcik, «Ottoman methods of conquest», *Studia Islamica*, II, 1954, pp. 104-16.

rebajaran los impuestos y cargas rurales, sino porque la duradera paz otomana en la sometida zona sudoriental, que quedaba tras el frente de Europa central, alejó del campo la ruina de las constantes guerras nobiliarias. Por otra parte, sin embargo, las consecuencia sociales y culturales de la completa destrucción de las clases dominantes autóctonas fueron sin duda alguna regresivas. Las aristocracias de los Balcanes habían explotado al campesinado de forma mucho más opresiva que la administración otomana en su momento de apogeo. Pero la misma constitución de una nobleza territorial representaba, en la época medieval tardía y en la primera época moderna, un indudable avance histórico en estas formaciones sociales atrasadas, porque significaba una ruptura con los principios de organización por clanes, con la fragmentación tribal y con las rudimentarias formas culturales y políticas derivadas de ellas. El precio que se pagaba por este avance era, precisamente, la estratificación en clases y una mayor explotación económica. Como ya hemos visto, los estados medievales tardíos de los Balcanes fueron notablemente débiles y vulnerables. Pero el colapso sufrido antes de las invasiones turcas no significaba que careciesen de nuevo potencial para su desarrollo. En realidad, la primera época de la Europa feudal, tanto en Occidente como en Oriente, se caracterizó por un modelo de aparentes «falsos comienzos» y subsiguientes recuperaciones, que por regla general tomó la forma inicial de unas estructuras administrativas «prematuramente» centralizadas, tales como las que se hundieron en los Balcanes a finales de la Edad Media. La eliminación de la clase terrateniente local por los turcos impidió, a partir de entonces, una dinámica endógena de ese tipo. Por el contrario, su principal consecuencia cultural y política fue una verdadera regresión a las instituciones clánicas y a las tradiciones particularistas de la población rural de los Balcanes. Así, en las tierras de Servia —donde se ha estudiado este fenómeno con especial atención— los *plemena* tribales, la jefatura *knez* y las redes de parentesco *zadruga*, que estaban desapareciendo rápidamente antes de la conquista otomana, revivieron ahora en el campo como poderosas unidades de organización social [21]. La recaída general en el localismo pa-

[21] El historiador bosnio Branislav Djurdjev es quien ha sacado a la luz este proceso de regresión social; un estudio de su obra y de la discusión que suscitó puede verse en W. S. Vucinich, «The Yugoslav lands in the Ottoman period: post-war marxist interpretations of indigenous and Ottoman institutions», *The Journal of Modern History*, XXVII, 3, septiembre de 1955, pp. 287-305. La insistencia de Djurdjev en el carácter contradictorio del primer impacto otomano en la sociedad balcánica contrasta con las opiniones predominantes entre los rusos y los turcos, que tienden a subrayar unilateralmente la destrucción y la represión, o bien la pacificación y la prosperidad como resultados de la conquista otomana. Puede verse un ejemplo de las interpretaciones soviéticas en Z. V. Udal'tsova, «O vnutrennyj princhinaj padeniya Vizantii v XV veke», *Voprosi Istorii*, julio de 1953, 7, p. 120, artículo que conmemora, o deplora, el 500 aniversario de la caída de Constantinopla, afirmando que el dominio turco condujo directamente a una explotación intensificada de las masas rurales. Una posición turca puede verse en H. Inalcik, «L'Empire ottomane», *Actes du Premier Congrès International des Etudes Balkaniques et Sud-Est Européennes*, Sofía, 1969, pp. 81-5. La tensión entre ambas posiciones es evidente en las contribuciones a este congreso, que también contienen un duro artículo de Djurdjev en el que recapitula sus opiniones: B. Djurdjev, «Les changements historiques et ethniques chez les peuples slaves du sud après la conquête turque», pp. 575-8.

triarcal fue acompañada por una notable decadencia hacia el analfabetismo. La articulación cultural de la vida de las poblaciones sometidas se convirtió en monopolio del clero ortodoxo, cuyo servilismo hacia los señores turcos sólo podía compararse con su ignorancia y superstición. Las ciudades perdieron su importancia comercial e intelectual, convirtiéndose en centros militares y administratvos del dominio otomano, que estableció en ellas a tenderos y artesanos turcos [22]. De esta forma, aunque la gran masa de la población rural se benefició materialmente del impacto inicial de la conquista turca, debido a que produjo una disminución en el volumen de excedente extraído de los productores inmediatos del campo, la otra cara del mismo proceso histórico fue la interrupción de un desarrollo social indígena hacia un orden social más avanzado, una regresión hacia formas patriarcales prefeudales y un largo estancamiento de toda evolución histórica en la península de los Balcanes.

Las provincias asiáticas del imperio turco experimentaron, mientras tanto, una recuperación y un avance considerables durante el apogeo del poderío otomano en el siglo XVI. Si Rumelia se mantuvo como principal teatro bélico para los ejércitos del sultán, Anatolia, Siria y Egipto gozaron de los beneficios de la paz y la unidad que llevó al Oriente Medio la conquista osmanli. La inseguridad creada en el Levante mediterráneo por la decadencia de los estados mamelucos dio paso a una administración firme y centralizada, que suprimió el bandidaje y estimuló el comercio interregional. La última depresión medieval de las economías siria y egipcia, duramente afectadas por

[22] W. S. Vucinich, «The nature of Balkan society under Ottoman rule», *Slavic Review*, diciembre de 1962, pp. 603, 604-5, 614.

la invasión y las plagas, se superó gracias a la recuperación de la agricultura y al aumento de la población. Estas dos provincias llegaron a suministrar un tercio de los ingresos totales del tesoro imperial [23]. El crecimiento demográfico —clara señal de expansión agrícola— fue especialmente notable en Anatolia: en el transcurso del siglo, la población rural llegó a aumentar quizá en un 20 por 100. El comercio floreció tanto en estas provincias orientales como, de forma más especial, a lo largo de las rutas comerciales internacionales que unían a Europa occidental con Asia occidental a través del Mediterráneo o a través del mar Negro. Se prestó una cuidadosa atención a las carreteras y se construyeron en ellas puestos oficiales de correo; los mares eran patrullados por flotas otomanas contra la piratería. Grandes cantidades de especias, sedas, algodón, esclavos, terciopelos, alumbre y otros artículos se embarcaban o se transportaban en caravanas a lo largo del imperio. El comercio de tránsito por el Oriente Medio floreció bajo la protección de la Puerta para beneficio del Estado otomano.

Esta prosperidad comercial provocó, a su vez, un alza notable del crecimiento urbano. Es posible que la población de las ciudades se haya duplicado durante el siglo XVI [24]. En sus primeros momentos, la sociedad osmanli poseía un limitado pero floreciente número de centros manufactureros en Brusa, Edirne y otras ciudades, que producían o procesaban las sedas, los terciopelos y otros productos de exportación [25]. Mehmet II, cuando conquistó Bizancio, siguió una política económica más ilustrada que la de los emperadores Comnenos o Paleólogos, aboliendo los privilegios comerciales de Venecia y Génova y estableciendo unos aranceles proteccionistas muy suaves para promover el comercio local. Al cabo de un siglo de dominio turco, la población de Estambul había pasado de 40.000 a 400.000 habitantes. En el siglo XVI era, sin comparación, la mayor ciudad de Europa.

Sin embargo, el crecimiento económico del imperio en sus momentos culminantes tuvo, desde el principio, unos límites

[23] Inalcik, *The Ottoman empire*, p. 128.

[24] Omer Lutfi Barkan, «Essai sur les données statistiques des registres de recensement dans l'empire ottomane aux XVe et XVIe siècles», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, I, 1, agosto de 1957, páginas 27-8: aparte de la macrocefalia de Estambul (acompañada por la decadencia de Alepo y Damasco), la población de doce ciudades provinciales representativas creció alrededor del 90 por 100 en el siglo XVI.

[25] Halil Inalcik, «Capital formation in the Ottoman empire», *The Journal of Economic History*, XXIX, 1, marzo de 1969, pp. 108-19.

muy definidos. La recuperación agrícola de las provincias asiáticas durante el siglo XVI no parece haber provocado ninguna mejora importante en la tecnología rural. La innovación más significativa en la agricultura del Oriente Medio a principios de la época moderna —la introducción del maíz americano— tuvo lugar en una etapa posterior, cuando ya había comenzado la decadencia imperial. La expansión demográfica de Anatolia puede atribuirse, en buena medida, al restablecimiento de la paz y a la sedentarización de las tribus nómadas, cuando la estabilización del dominio otomano permitió una nueva expansión de la colonización agrícola tras la última despoblación de Bizancio. Pero este crecimiento habría de alcanzar muy pronto sus límites negativos, a medida que la disponibilidad de tierra se agotaba para los niveles técnicos existentes. Al mismo tiempo, el renacimiento comercial del imperio no se reflejó necesariamente en la actividad de las manufacturas interiores y ni siquiera en la importancia de los mecaderes locales, porque el carácter particular de la economía urbana y del gobierno de las tierras otomanas siempre estuvo presidido por las obligaciones impuestas por el sultanato. Ni la artesanía provincial, ni una gran capital, ni la preocupación esporádica de algunos soberanos individuales podían transformar la relación básicamente perjudicial del Estado otomano con las ciudades o las industrias. Las tradiciones políticas islámicas no poseían ningún concepto de las libertades urbanas. Las ciudades carecían de autonomía municipal o corporativa; en realidad carecían incluso de existencia legal. «Del mismo modo en que no había un Estado, sino tan sólo un soberano y sus agentes, y así como no había tribunales, sino únicamente un juez y sus ayudantes, tampoco había ciudades, sino un conglomerado de familias, barrios y gremios, cada uno de ellos con sus jefes o dirigentes [26]. Dicho de otra forma, las ciudades no tenían ninguna defensa contra la voluntad del Señor de los Creyentes y de sus servidores. Los mercados urbanos estaban controlados por la regulación oficial de los precios de los productos y por la compra obligatoria de materias primas. El Estado supervisaba de cerca los gremios de artesanos y reforzaba su característico conservadurismo técnico. Además, el sultanato intervenía casi siempre contra los intereses de las comunidades autóctonas de mercaderes, a quienes los *ulemas* miraban con continuo recelo

[26] Bernard Lewis, *The emergence of modern Turkey*, Londres, 1969, página 393. Naturalmente, Lewis exagera sin duda al pretender que no había Estado.

y que eran detestadas por el populacho de artesanos. La política económica del Estado tendía a ser discriminatoria contra el capital comercial a gran escala y a patrocinar la pequeña producción con su arcaísmo gremial y su fanatismo religioso [27]. La característica ciudad turca llegó a estar dominada finalmente por un *menu peuple*, atrasado y estancado, que impedía cualquier innovación o acumulación empresarial. Dada la naturaleza del Estado otomano, no quedaba ningún espacio libre en el que pudiera desarrollarse una burguesía mercantil turca y, a partir del siglo XVII, las funciones comerciales correspondieron cada vez más a las comunidades minoritarias de infieles —griegos, judíos o armenios—, que en cualquier caso siempre habían dominado el comercio de exportación con Occidente. Los comerciantes y productores musulmanes se limitaban por lo general a las ocupaciones de pequeños tenderos y artesanos.

Así pues, el nivel de la economía otomana no alcanzó, ni siquiera en el momento de su apogeo, un grado de avance comparable al del sistema político otomano. La fuerza motriz básica de la expansión imperial siguió siendo siempre de carácter militar. Ideológicamente, la estructura de la dominación turca no reconocía ninguna frontera geográfica natural. La cosmogonía osmanli dividía al planeta en dos grandes zonas: la Casa del Islam y la Casa de la Guerra. La Casa del Islam comprendía las tierras habitadas por los verdaderos creyentes, que habrían de reunirse progresivamente bajo las banderas del sultán. La Casa de la Guerra cubría al resto del mundo, habitado por los no creyentes y cuyo destino consistía en ser conquistado por los soldados del Profeta [28]. Para propósitos prácticos, esto quería decir la Europa cristiana, a cuyas puertas habían establecido los turcos su capital. De hecho, durante toda la historia del imperio, el verdadero centro de gravedad de la clase dominante *osmanlilar* fue Rumelia —la propia península balcánica— y no Anatolia, la patria turca. De allí partieron un ejército tras otro, marchando siempre en dirección norte hacia la Casa de la Guerra, para ampliar la morada del Islam. El fervor, el número y la habilidad de las tropas del sultán las hicieron invencibles en Europa hasta doscientos años después de que pasaran por primera vez a través de Gallípolis. La caballería *sipahi*, que salía para campañas estacionales y saqueos por sorpresa, y la selecta infantería de jenízaros fueron armas

[27] Inalcik, «Capital formation in the Ottoman empire», pp. 103-6.
[28] Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 20-1.

mortíferas de la expansión otomana en el sudeste de Europa. Los sultanes no dudaban, además, en utilizar la mano de obra y los conocimientos de los cristianos en formas diferentes a las de la *devshirme* que les proporcionaba sus regimientos de a pie. Algunas veces, la artillería turca, que se contaba entre las más avanzadas de Europa, fue fundida especialmente para la Puerta por ingenieros occidentales renegados. La armada turca rivalizó muy pronto con la de Venecia, gracias a la experiencia de sus capitanes y sus tripulaciones griegas [29]. Apropiándose con voracidad los técnicos y artesanos militares procedentes de Europa, la máquina de guerra de los otomanos combinó en su apogeo la modernidad cualitativa de los mejores ejércitos cristianos con una movilización cuantitativa muy superior a la que podía oponerle cualquier Estado cristiano. Unicamente las coaliciones podían hacerles frente a lo largo de las fronteras danubianas. Hasta el sitio de Viena de 1529, las picas españolas y austriacas no fueron capaces de reducir a los sables de los jenízaros.

Sin embargo, la decadencia del despotismo turco comenzó gradualmente desde el mismo momento en que fue detenida su expansión. El cierre de la frontera osmanli en Rumelia produjo una serie de efectos en cadena sobre el mismo imperio. Comparado con los estados absolutistas europeos de finales del siglo XVI y principios del XVII, el imperio turco era comercial, cultural y tecnológicamente más atrasado. Se había abierto paso en Europa a través del ángulo más débil de defensa del continente, es decir, de la ruinosa fachada social de los Balcanes en su último período medieval. Pero enfrentado a las monarquías de los Habsburgo, mucho más robustas y representativas, fue incapaz de imponerse por tierra (Viena) o por mar (Lepanto). A partir del Renacimiento, el feudalismo europeo había dado origen a un capitalismo mercantil que no pudo reproducir ningún despotismo asiático, y menos que ninguno el de la Puerta, con su completa ignorancia de los nuevos descubrimientos y su desprecio hacia las manufacturas. El fin de la expansión turca estuvo determinado por la creciente superioridad económica, social y política de la Casa de la Guerra. Los efectos de esta inversión de fuerzas para la Casa del Islam fueron múltiples. La estructura de la clase dominante *osmanlilar* se había basado en la conquista militar perpetua. Eso era

[29] R. Mousnier hace especial hincapié en el empleo de técnicos y artesanos europeos por la Puerta: *Les XVIe et XVIIe siècles*, París, 1954, páginas 463-4, 474.

lo que le había permitido el anómalo dominio del aparato estatal por una élite de esclavos de origen no musulmán. Mientras las fronteras no se cerrasen ante el avance de los ejércitos otomanos, la necesidad y racionalidad de los cuerpos de jenízaros y de la *devshirme* estaban justificadas en la práctica para el conjunto de la clase dominante: las victorias de Varna, Rodas, Belgrado y Mohács se consiguieron gracias a ellos. La conquista militar fue también lo que hizo posible el moderado nivel inicial de la explotación rural en los Balcanes y la firme supervisión central que se ejercía sobre ella, porque el conjunto de la clase *osmanlilar* podía confiar en la obtención de su fortuna por medio de la conquista extensiva e ininterrumpida de tierras procedentes de la Casa de la Guerra, al multiplicarse los *timars* y los *ziamets* con el avance hacia el norte. Por tanto, los mecanismos sociales del pillaje eran fundamentales para la unidad y la disciplina rígidas del Estado turco en su momento de apogeo.

Pero, una vez finalizada la expansión territorial, se hizo inevitable una lenta involución de toda esta enorme estructura. Los privilegios de un cuerpo extraño de esclavos, privado de sus funciones militares, se hicieron cada vez más intolerables para el grueso de la clase dominante del imperio, que finalmente empleó toda su fuerza para normalizar y recuperar el mando del aparato político de la institución de gobierno. Los excedentes de la población rural, que se habían alistado como auxiliares o como filibusteros en los ejércitos de la Puerta, se dedicaron a la rebelión social o al bandidaje cuando la máquina militar ya no los pudo absorber. Por otra parte, el fin de la adquisición extensiva de tierras y tesoros condujo inevitablemente a unas formas de explotación mucho más intensivas dentro de las fronteras del poderío turco a costa de la clase *rayah*. La historia del imperio otomano desde finales del siglo XVI hasta principios del XIX es, por tanto, la historia de la desintegración del Estado imperial central, la consolidación de una clase terrateniente provincial y la degradación del campesinado. Este largo proceso de decadencia, que no careció de fugaces recuperaciones políticas y económicas, no tuvo lugar en unos Balcanes aislados del resto del continente europeo. Por el contrario, la decadencia se agravó y profundizó a causa del impacto internacional de la supremacía económica de Europa occidental, bajo cuya influencia cayó cada vez más el imperio otomano, paralizado por el parasitismo tecnológico y el oscurantismo teológico. Desde la revolución de los precios del siglo XVI hasta

la revolución industrial del XIX, la sociedad balcánica recibió un influjo creciente del desarrollo capitalista de Occidente.

La decadencia a largo plazo del imperio otomano estuvo determinada por la superioridad económica y militar de la Europa absolutista. A corto plazo, sus mayores reveses los sufrió en Asia. La guerra de los Trece Años contra Austria, desde 1593 a 1606, fue un empate costoso. Pero las guerras contra Persia, mucho más largas y destructivas, que duraron, con breves intervalos, desde 1578 hasta 1639, acabaron en la frustración y la derrota. La victoriosa consolidación del Estado safávida en Persia representó el cambio decisivo en la fortuna del Estado osmanli. Las guerras persas, que acabaron en la pérdida final del Cáucaso, infligieron destrozos inmensos en el ejército y la burocracia de la Puerta. Anatolia, la patria de la población étnicamente turca del imperio, nunca había sido su centro político. En los siglos XIV y XV, el nuevo sistema social otomano se había implantado sistemáticamente en Rumelia, donde la propiedad de la tierra y la administración militar se modelaron de acuerdo con las necesidades internacionales del Estado imperial. La estructura social y religiosa de Anatolia, por el contrario, se mantuvo mucho más tradicional, con fuertes residuos de la vieja organización nómada y tribal en los *beyliks* del interior y una latente hostilidad hacia la laxitud cosmopolita de Estambul. Los *timars* de Anatolia eran más pequeños y pobres que los de Rumelia. La clase *sipahi* local, que padecía los costos crecientes de la participación en las campañas bélicas estacionales a causa de la exorbitante inflación de finales del siglo XVI, mostraba cada vez menos entusiasmo hacia la lucha intermusulmana con Persia. Al mismo tiempo, la expansión agraria de la Anatolia rural ya había llegado a su fin; el importante aumento de población había acabado por crear en las altiplanicies una numerosa clase de campesinos sin tierras o *levandat*. Los *levandat*, reclutados sin orden ni concierto en las levas impuestas por los gobernadores provinciales, tenían entrenamiento militar pero carecían de disciplina. Las tensiones de las guerras y las victorias del enemigo en la frontera oriental precipitaron, pues, gradualmente, el colapso del orden público en Anatolia. El descontento de los *timariot* se fundió con la miseria de los campesinos en una serie de insurrecciones tumultuosas, las llamadas rebeliones *jelali*, que estallaron entre 1594 y 1610 y se repitieron en 1622-38, mezclando los motines provinciales, el bandidaje social y el re-

surgir religioso[30]. También fue en estos años cuando las correrías de los cosacos por el mar Negro alcanzaron con humillante éxito a Varna, Sinop y Trebisonda, llegando incluso a saquear los suburbios del mismo Estambul. Finalmente, los dirigentes *sipahi* de las rebeliones *jelali* de Anatolia fueron sobornados, mientras sus seguidores *levandat* eran reprimidos. Pero el daño causado a la reputación internacional del sistema otomano por la extensión del bandolerismo y la anarquía fue muy grande. En las postrimerías del siglo XVII estallaron nuevas rebeliones *jelali* en zonas rurales en las que la pacificación nunca había sido completa.

En la misma Puerta, mientras tanto, los costos de la larga contienda con Persia se agravaron a causa de la creciente inflación que provenía de Occidente. El influjo de los metales preciosos americanos en la Europa renacentista se había abierto paso hasta el imperio turco en las últimas décadas del siglo. La relación entre el oro y la plata dentro de los dominios otomanos era más baja que en Occidente y, por tanto, la exportación de moneda de plata hacia el imperio era muy rentable para los mercaderes europeos, que la recobraban en oro. La consecuencia de esta inyección masiva de plata fue, naturalmente, una rápida subida de los precios, que el sultanato intentó en vano detener por medio de la depreciación del aspro. Entre 1534 y 1591, el valor de los ingresos del Tesoro descendió a la mitad[31]. A partir de entonces, los presupuestos anuales tuvieron siempre un profundo déficit debido a las interminables guerras contra Austria y Persia. La consecuencia inevitable fue un gran aumento en la presión fiscal sobre toda la población sometida del imperio. La capitación *rayah* que pagaban los campesinos cristianos se multiplicó por seis entre los años 1574 y 1630[32]. Estas medidas, sin embargo, sólo podían paliar una situación en la que el mismo aparato del Estado ya daba muestras de malestar y de crisis profunda.

El cuerpo de jenízaros y el estrato *devshirme* que habían formado la cima del aparato imperial otomano en la época de Mehmet II fueron los primeros en revelar los síntomas generales de descomposición. A principios del siglo XVI, durante el

[30] Sobre el fenómeno de los *levandat* de Anatolia y de las revueltas *jelali*, véase V. J. Parry, «The Ottoman empire, 1566-1617», *The New Cambridge Modern History*, III, pp. 372-4, y «The Ottoman empire, 1617-1648», *The New Cambridge Modern History*, IV, pp. 627-30.
[31] Inalcik, *The Ottoman empire*, p. 49.
[32] Inalcik, «L'empire ottomane», pp. 96-7.

reinado de Solimán I, los jenízaros conquistaron el derecho de casarse y tener hijos, ataduras que hasta entonces les habían estado prohibidas. Este hecho aumentó naturalmente el costo de su mantenimiento, que, de todas formas, ya había aumentado enormemente a causa de la inflación transmitida por el influjo de la plata procedente de Europa occidental a través del comercio mediterráneo del imperio, en el que prácticamente no se producía ninguna manufactura. Así pues, los jenízaros multiplicaron por cuatro su paga entre 1350 y 1600, mientras el aspro turco de plata era repetidamente devaluado y el índice general de precios se multiplicaba por diez[33]. Para atender a su sustento, los jenízaros fueron autorizados a complementar sus ingresos dedicándose a la artesanía y al comercio, cuando no a la guerra de a pie. En 1574, con la subida al trono de Selim II, obtuvieron por la fuerza el derecho de enrolar a sus hijos en los regimientos de jenízaros. De esta forma, una élite militar, profesional y selecta se convirtió progresivamente en una milicia hereditaria y semiartesanal. Su disciplina se desintegró en la misma medida. En 1589, el primer motín victorioso de los jenízaros para obtener un aumento de sueldo derrocó al gran visir y estableció una pauta que habría de hacerse endémica en la vida política de Estambul; en 1622 fue depuesto el primer sultán a causa de una insurrección de los jenízaros. Mientras tanto, la desaparición del hermético aislamiento que había separado al estrato *devshirme* del resto de la clase dominante *osmanlilar* condujo, como era lógico, a la disolución de su identidad como tal *devshirme*. A finales del siglo XVI, durante el reinado de Murad III, los musulmanes nativos adquirieron el derecho de entrar en las filas de los jenízaros. Finalmente, en tiempos de Murad IV, en la década de 1630, las levas *devshirme* habían desaparecido por completo. Los regimientos de jenízaros conservaban todavía, sin embargo, la exención de impuestos y otros privilegios tradicionales. Había, pues, una demanda permanente de la población musulmana por alistarse en ellos. Mientras tanto, el malestar social del período *jelali* condujo a la extensión de guarniciones de jenízaros por todas las ciudades provinciales del imperio para que se encargaran de la seguridad interior. De esta forma, a partir de mediados del siglo XVII, los jenízaros se convirtieron en grandes organismos mal entrenados de milicia ur-

[33] Stavrianos, *The Balkans since 1453*, p. 121; Lewis, *The emergence of modern Turkey*, pp. 28-9.

bana, muchos de los cuales ya no residían en los cuarteles, sino en sus tiendas o en sus talleres, como pequeños comerciantes y artesanos (por más que su presencia en los gremios hiciera descender con frecuencia los niveles del oficio), mientras que los más prósperos adquirían derechos sobre las tierras de la localidad. El valor militar de los jenízaros se volvió insignificante; su principal función política consistía en formar una *masse de manoeuvre* fanatizada al servicio de la intolerancia de los *ulemas* y de las intrigas palaciegas.

Mientras tanto, el sistema *timar* había experimentado una degeneración similar. La caballería ligera, proporcionada por los *sipahis*, cayó en la obsolescencia militar ante las mejoras introducidas en las armas europeas y la consolidación de los ejércitos permanentes en las potencias cristianas. Las reluctantes salidas estivales de los jinetes *timariot* (con su fortaleza en el campo de batalla debilitada por la depreciación de sus ingresos) eran perfectamente inadecuadas contra el fuego pesado de los fusiles alemanes. Así, en medio de una creciente corrupción en Estambul, el Estado tendió a asignar cada vez más *timars* a los altos funcionarios para objetivos no militares, o a reabsorberlos para la Tesorería. El resultado fue un rápido descenso de los efectivos *sipahi* a principios del siglo XVII. A partir de entonces, los ejércitos otomanos se basaron fundamentalmente en las compañías de fusileros pagados o en las unidades de *sekban* (originalmente, auxiliares irregulares de las provincias), que ahora pasaron a ser las formaciones militares centrales del imperio [34]. El mantenimiento de las tropas *sekban* como fuerza permanente intensificó y monetarizó la carga fiscal de las tierras otomanas en una coyuntura de probable recesión económica en la mayor parte del Mediterráneo oriental. En Anatolia se habían agotado las nuevas tierras cultivables. Los comercios de especias y sedas fueron capturados y desviados por los barcos ingleses y holandeses, cuyas operaciones en el océano Indico rodeaban ahora por su retaguardia al imperio otomano. Por otra parte, Egipto, donde se había mantenido bien la agricultura tradicional [35], volvía cada vez más al control local de los mamelucos. Las dificultades políticas y financieras del Estado se complicaron con la degeneración de la dinastía. En el siglo XVII, el calibre de los soberanos imperiales —cuya despótica autoridad se había ejercido hasta

[34] Inalcik, *The Ottoman empire*, p. 48.
[35] Véase Stanford Shaw, *The financial and administrative organization and development of Ottoman Egypt, 1517-1798*, Princeton, 1962, p. 21.

entonces con considerable capacidad— se hundió a causa de un nuevo sistema sucesorio. A partir de 1617, el sultanato pasó al varón mayor sobreviviente de la línea osmanli, normalmente secuestrado desde su nacimiento dentro de la «Jaula de los Príncipes», mazmorras damasquinadas, virtualmente destinadas a producir desequilibrio patológico o imbecilidad. Esos sultanes no estaban en condiciones de controlar o detener el incesante deterioro del sistema estatal que tenían detrás. Fue en esta época cuando las maniobras clericales del *Sheikh ul-Islam* comenzaron a adueñarse del sistema de decisión política [36], cada vez más venal e inestable.

A pesar de todo, el imperio otomano se mostró capaz de un último y formidable esfuerzo militar en Europa en la segunda mitad del siglo XVII. Los reveses de la guerras de Persia, los desórdenes del bandidaje de Anatolia, las humillaciones de las correrías cosacas y la desmoralización de los cuerpos de jenízaros, fueron sucedidos por una reacción eficaz, aunque temporal, de la Puerta. De 1656 a 1676, los visiratos Köprülü restablecieron una vez más la administración marcial y vigorosa en Estambul. La hacienda otomana se recuperó por medio de préstamos obligatorios y de extorsiones fiscales; los gastos se cortaron gracias a la poda de sinecuras; los regimientos permanentes mejoraron su entrenamiento y sú equipamiento de infantería, y, en fin, se hizo buen uso de la todavía poderosa caballería tártara en el teatro póntico. La decadencia del régimen safávida en Persia alivió simultáneamente la presión sobre el Este y permitió el último avance turco en el Oeste. Los principados del Danubio, cuyos señores se habían vuelto cada vez más turbulentos, fueron sometidos. Con la captura de Creta en 1669 terminó con éxito una guerra de veinte años contra Venecia. En 1672, movilizando los contingentes de caballería del janato de Crimea, las fuerzas otomanas conquistaron Podolia en la guerra contra Polonia. En la década siguiente, los otomanos libraron una larga y salvaje lucha contra Rusia por el dominio de Ucrania. Bloqueada finalmente en este conflicto, que terminó en 1682 con una tregua que confirmaba el *status quo ante*, después de una terrible devastación de Ucrania, el poderío turco se volvió contra Austria en 1683. El nuevo visir Kara Mustafá, más agresivo aún que Mehmet Köprülü, a quien había sucedido, reunió a un gran ejército para realizar un ataque frontal sobre Viena. Ciento cincuenta años después del sitio de la capital de los

[36] Inalcik, «L'empire ottomane», p. 95.

Habsburgo por Solimán II, los osmanlis lanzaron un segundo asalto. El fracaso del primero se había limitado a estabilizar el frente del avance turco sobre la cristiandad. La derrota del segundo, con la victoriosa liberación de Viena por una fuerza mixta de soldados polacos, imperiales, sajones y bávaros en 1683, condujo al colapso de toda la posición otomana en la Europa central. La recuperación de los Köprülü fue, por tanto, artificial y de corta duración: sus éxitos iniciales llevaron a la Puerta a sobreestimar su fuerza, lo que produjo unos resultados desastrosos e irreversibles. El fiasco de Viena fue seguido por una lenta retirada, que terminó en 1699 con la pérdida completa de Hungría y Transilvania ante los Habsburgo, mientras Polonia reconquistaba Podolia y Venecia ocupaba Morea. A partir de entonces, la Casa del Islam iba a estar perpetuamente a la defensiva en los Balcanes, en el mejor de los casos deteniendo temporalmente los avances de los infieles y, en el peor, retrocediendo repetida y definitivamente ante ellos.

La parte esencial en el repliegue del imperio turco durante los cien años siguientes correspondió al absolutismo ruso más que al austriaco. El ímpetu militar de los Habsburgo se agotó relativamente pronto, después de la conquista del Banato en 1716-18. Las fuerzas otomanas detuvieron a los ejércitos austriacos en 1736-39 y reconquistaron Belgrado. Pero en el Norte no pudieron detener la expansión de los Románov en la zona del Euxino. La derrota ante Rusia en 1768-74 acarreó la pérdida de las tierras situadas entre el Bug y el Dniester y el establecimiento de derechos de intervención zarista en Moldavia y Valaquia. En 1783, Crimea fue absorbida por Rusia, y en 1791 fue anexionada Yedisan. Mientras tanto, todo el tejido administrativo del Estado otomano se deterioraba ininterrumpidamente. El Divan se convirtió en un instrumento de las camarillas rapaces de la capital, resueltas a maximizar los beneficios de la venalidad y la malversación. Los burócratas turcos y los mercaderes fanariotas griegos de Estambul adquirieron un creciente poder e influencia en la Puerta a partir de 1700 a medida que se debilitaba la capacidad militar del Estado otomano, los primeros elevándose sin cesar hasta llegar a pachás y gobernadores provinciales [37], y los segundos controlando las posiciones lucrativas del Tesoro y los hospodaratos rumanos. Los cargos que estaban reservados antes al *devshirme*, con una promoción de acuerdo con los méritos, se vendían ahora al mejor postor;

[37] N. Itzkowitz, «Eighteenth century ottoman realities», pp. 86-7.

pero como no existía la seguridad de la posesión después de la compra —al contrario de lo que ocurría en los sistemas europeos— los titulares de los cargos tenían que exprimir las ganancias de su inversión a la máxima velocidad, antes de que les llegara su turno de despido. De esta forma aumentó enormemente la presión de las extorsiones sobre las masas, que tenían que soportar la carga de semejante administración. Al mismo tiempo se desarrolló un negocio ilegal con las pagas de los jenízaros que, en medio de la corrupción administrativa universal, llegaron a ser compradas y vendidas a miembros ficticios de ese cuerpo. A finales de siglo había alrededor de 100.000 jenízaros registrados, de los que sólo una fracción poseía un verdadero entrenamiento militar, pero la gran mayoría tenía acceso a las armas y podía utilizarlas para la intimidación y la extorsión local [38]. Los jenízaros estaban ahora en todas partes como una masa gangrenosa que se extendía por las ciudades del imperio. Sus miembros más poderosos suministraban muchos de los notables locales *ayan*, que, a partir de entonces, se convirtieron en un rasgo prominente de la sociedad provincial otomana.

Mientras tanto, el sistema agrícola estaba experimentando una profunda transformación. Ya hacía tiempo que la institución del *timar* estaba en decadencia, junto con la caballería *sipahi*, que se había apoyado en ella. La Puerta siguió una política deliberada de recuperación de las tierras de los antiguos *timariots*, bien anexionándolas a los dominios de la casa imperial y volviéndolas a arrendar a especuladores para obtener mayores ingresos monetarios o bien concediéndolas a falsos titulares, manipulados por los funcionarios de palacio. En la forma de explotación otomana se produjo, pues, un cambio del *timar* por el *iltizam*: los beneficios militares se convirtieron en arrendamientos de impuestos, que producían mayores flujos monetarios para el Tesoro. La Puerta ya había desarrollado el sistema *iltizam* en las lejanas provincias asiáticas, tales como Egipto, en las que no había necesidad de guerreros a caballo, como los concentrados en Rumelia [39]. La generalización de este sistema impositivo por todo el imperio correspondía, sin embargo, no

[38] Pueden verse algunos estudios de la decadencia del sistema de jenízaros en Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 180-4; Stavrianos, *The Balkans since 1453*, pp. 120-2, 219-20.

[39] Sobre la aparición y el carácter del sistema de *iltizam* en Egipto, véase Shaw, *The financial and administrative organization and development of Ottoman Egypt*, pp. 29-39.

sólo a las necesidades financieras del Estado osmanli, sino también a la homogeneización musulmana del conjunto de la clase dominante con la decadencia y la desaparición del *devshirme*. Una de las principales razones estructurales para este último proceso fue, precisamente, el cambio en la composición total del imperio con la conquista de las provincias árabes. La expansión desde los centros islámicos de la unidad fiscal *iltizam* a costa del *timar* disolvió por completo una institución que había sido el complemento funcional del *dvshirme* en el primer sistema del expansionismo otomano. Un fenómeno concomitante fue el aumento de las tierras *waqf* (nominalmente propiedades corporativas religiosas, fundadas por los devotos), que eran la única forma importante de posesión agraria cuya propiedad última no recaía en el sultanato[40]. Este sistema era tradicionalmente muy utilizado como instrumento de encubrimiento para hacer que una sola familia, investida con la «administración» del *waqf*, fuese heredera de la tierra. Los primeros soberanos osmanlis habían mantenido un cuidadoso control de esta institución piadosa. Mehmet II había realizado una recuperación general de tierras *waqf* para el Estado. Sin embargo, en la época de la decadencia otomana estas propiedades se multiplicaron de nuevo, sobre todo en Anatolia y en las provincias árabes.

La llegada y el influjo del sistema *iltizam* transformaron la situación del campesinado. El *timariot* no podía desahuciar ni exigir cargas por encima de los límites legales prescritos por el sultán. Los terratenientes de la nueva época no soportaban

[40] Los historiadores búlgaros han insistido demasiado en la importancia de las tierras *waqf* en la formación social otomana, al desarrollar su afirmación de que ésta tenía un carácter esencialmente feudal (clasificación que rechaza, correctamente en mi opinión, la mayor parte de los historiadores turcos). Las tierras *waqf* fueron la categoría jurídica más próxima a la propiedad privada agrícola y, por tanto, su extensión puede utilizarse para argumentar que tras las ficciones legales del control imperial-religioso se ocultaba un contenido feudal. En realidad, no hay ninguna razón para creer que las tierras *waqf* predominasen alguna vez en el campo de los Balcanes y de Anatolia, o que determinasen las relaciones básicas de producción en la formación social otomana. Pero su aumento en la época de la decadencia otomana está bien documentado. Un buen estudio del fenómeno de las *waqf* puede verse en V. Mutafcieva y S. Dimitrov, «Die Agrarverhältnisse im osmanischen Reiches im XV-XVI Jh.», *Actes du Premier Congrès des Etudes Balkaniques*, pp. 689-702, cuyo cálculo es que se extendían por un tercio del área total de la patria otomana, concentradas dentro de los Balcanes principalmente en Tracia, el Egeo y Macedonia, y que eran virtual o completamente desconocidas en Servia o Morea.

tales restricciones: la misma brevedad de sus primeras posesiones les incitaba a la superexplotación de los campesinos que cultivaban sus tierras. A lo largo del siglo XVIII, la Puerta concedió un número creciente de propiedades vitalicias o *malikane*, que moderaron las exigencias inmediatas de estos notables rurales, pero estabilizaron su poder sobre las aldeas[41]. Así pues, el *timar* dio finalmente paso en los Balcanes a lo que llegó a conocerse como sistema de *chifliks*. El titular de un *chiflik* tenía un control prácticamente ilimitado sobre la fuerza de trabajo que estaba a su disposición: podía expulsar a sus campesinos de la tierra o impedirles que se fueran, enredándolos mediante obligaciones por deudas. Podía ampliar su propia reserva señorial o *hassachiflik* a costa de las parcelas de sus arrendatarios; y ésa fue, en efecto, la pauta general. Lo normal era que exigiera la mitad de la cosecha de los productores directos, que se quedaban sólo con un tercio de su producto después de pagar los impuestos sobre la tierra y los gastos de la cosecha[42]. En otras palabras, la condición del campesinado de los Balcanes se hundió, junto a la del resto de Europa oriental, en una miseria común. Los aldeanos, en la práctica, estaban atados a la tierra y podían ser recuperados legalmente por los terratenientes si abandonaban sus tierras. Y así como el tráfico de cereales con Europa occidental había provocado una intensificación del índice de explotación servil —aunque no fuera su causa— en Polonia o en Alemania oriental, así también la producción comercial de algodón y de maíz para la exportación a lo largo de las costas y los valles de Grecia, Bulgaria y Servia aumentó las presiones señoriales en los *chifliks* y contribuyó a su expansión. La característica más significativa de las relaciones rurales en el sudeste europeo fue el derrumbamiento de un orden público firme e impuesto desde arriba: el bandidaje se extendió de forma incontenible, favorecido por el relieve montañoso de la zona, que la convertía para el campesinado en el equivalente mediterráneo de las huidas en las llanuras bálticas. Los señores, por su parte, mantenían bandas de asesinos armados o de guerrilleros *kirlaji* en sus propiedades con objeto de protegerse de las rebeliones y de reprimir a sus arrendatarios[43]. En efecto, la última etapa de la larga involu-

[41] Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 255-6. Los propietarios más opresores eran siempre los arrendatarios de impuestos, seguidos de cerca por las autoridades religiosas: *op. cit.*, p. 247.

[42] Stavrianos, *The Balkans since 1453*, pp. 138-42.

[43] T. Stoianovich, «Land tenure and related sectors of the Balkan

ción del Estado otomano fue una parálisis prácticamente total de la Puerta y la usurpación del poder provincial, en primer lugar por los *pashas* militares de Siria o Egipto, después por los *derebeys* o señores de los valles en Anatolia y finalmente por los *ayans* o dinastías de notables locales en Rumelia. A finales del siglo XVIII, el sultanato controlaba tan sólo una fracción de los 26 *eyalets* en los que estaba formalmente dividida la administración imperial.

La prolongada descomposición del despotismo osmanli no generó, sin embargo, un feudalismo final. Los derechos imperiales sobre todas las tierras del imperio nunca fueron abandonados, a pesar de las múltiples concesiones *malikane* que se hicieron para su usufructo. El sistema de *chifliks* nunca recibió una sanción legal o formal, ni los campesinos quedaron jurídicamente atados a la tierra. Hasta el año 1826, las fortunas de los burócratas y de los recaudadores de impuestos que vivían a costa de la población sometida podían ser confiscadas por el sultán, a su muerte, de forma arbitraria [44]. No había ninguna seguridad positiva sobre la propiedad, y todavía menos una nobleza titular. La licuefacción del viejo orden político y social no condujo a la aparición de otro orden nuevo y sólido. El Estado osmanli del siglo XIX era tan sólo un cenagal empantanado, sostenido artificialmente gracias a la rivalidad de las potencias europeas que aspiraban a su dominio. Polonia pudo ser dividida entre Austria, Prusia y Rusia debido a que las tres eran potencias terrestres con accesos e intereses coherentes en la zona. Pero los Balcanes no podían dividirse porque no había compatibilidad entre los tres principales contendientes por el dominio de la zona: Gran Bretaña, Austria y Rusia. Gran Bretaña poseía la supremacía marítima en el Mediterráneo y la primacía comercial en Turquía; en 1850, el mercado otomano importaba más bienes ingleses que Francia, Italia, Austria o Rusia, lo que hacía de él una zona vital para el imperialismo económico victoriano. El poderío naval e industrial británico imposibilitaba todo acuerdo armonioso para disponer del imperio otomano, rechazando todos los esfuerzos rusos para repartirlo. Al mismo tiempo, el progresivo despertar nacionalista de los pueblos balcánicos, después de la época napoleónica, impedía la estabilización de la situación política en el sudeste

economy, 1600-1800», *The Journal of Economic History*, XII, 3, verano de 1953, pp. 401, 409-11.

[44] Serif Mardin, «Power, civil society and culture in the Ottoman empire», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 11, 1969, p. 277.

de Europa. La rebelión servia ya había estallado en 1804, y a ella siguió, en 1821, la insurrección griega. La invasión zarista de 1828-29 derrotó a los ejércitos turcos e impuso a la Puerta la autonomía formal de Servia, Moldavia y Valaquia. Mientras, la intervención anglofrancesa y rusa aseguró y limitó la independencia griega en 1830. Estas pérdidas, derivadas de unos movimientos locales que Londres o Viena no podían controlar, dejaron todavía a Turquía con un imperio balcánico que se extendía desde Bosnia a Tesalia y desde Albania a Bulgaria.

La protección internacional demoró la caída final del imperio otomano durante cerca de un siglo, inspirando en este tiempo una serie de tentativas de renovación «liberal» que lo adaptasen a las normas capitalistas de Occidente. Estas tentativas fueron inauguradas por Mahmud II en la década de 1820, con el intento de modernizar el aparato económico y administrativo del sultanato. Los jenízaros fueron disueltos y los *timars* liquidados; las tierras *waqf* volvieron nominalmente al tesoro imperial y se llamó a oficiales extranjeros para que entrenasen al nuevo ejército. Se reafirmó el control central sobre las provincias y se puso fin al reinado de los *derebeys*. Estas medidas se mostraron rápidamente ineficaces para restañar la decadencia del sistema imperial. Los ejércitos de Mahmud fueron derrotados por las tropas egipcias de Mehmet Alí, mientras que sus gobernadores y funcionarios se mostraron a menudo mucho más corruptos y opresores que los notables locales que les precedieron. A este fracaso siguió una renovada presión anglofrancesa para liberalizar y reorganizar el sistema otomano, cuyo resultado serían, a mediados de siglo, las reformas *Tanzimat*, más estrechamente insertas en las preocupaciones legales y comerciales de Occidente. En 1839, el Decreto de la Cámara Rosada garantizó, por fin, la seguridad jurídica de la propiedad privada dentro del imperio y la igualdad religiosa ante la ley [45]. Ambas medidas habían sido reclamadas con insistencia por el cuerpo diplomático acreditado en Estambul. De todas formas, la propiedad estatal de la tierra seguía predominando en los países originarios del imperio. Hasta 1858 no se aprobó una ley agraria que concedía derechos limitados de herencia a quienes tuvieran su control o usufructo. Las potencias occidentales, insatisfechas con estas medidas, presionaron para que esos derechos se ampliasen, lo que se concedió en 1867, cuando los terratenientes locales adquirieron finalmente la propiedad ju-

[45] Lewis, *The emergence of modern Turkey*, pp. 106-8.

rídica de sus tierras[46]. Pero el carácter artificial de la nueva línea política se hizo muy pronto evidente. Cuando los nacionalistas turcos intentaron imponer una constitución representativa, el sultán Abdul Hamid II tuvo pocas dificultades para volver a implantar, en 1878, un despotismo personal, brutal aunque inseguro. A finales de siglo se había conseguido la estabilización en la titularidad de los cargos y en la clase terrateniente, con las garantías de seguridad de la propiedad concedidas por las medidas *Tanzimat*. Pero, por otra parte, no surgía ningún nuevo orden social y político dentro del imperio otomano a medida que se iba reduciendo gradualmente a causa de las sucesivas guerras de liberación, libradas por los pueblos sometidos de los Balcanes, y de las maniobras de las grandes potencias europeas para frustrarlas o utilizarlas. En 1875 fue liquidada una rebelión popular en Bulgaria. La intervención de Rusia derrotó una vez más a Turquía en el campo de batalla, mientras Inglaterra se movilizaba de nuevo para salvarla de las consecuencias de la catástrofe. El resultado fue un acuerdo entre las potencias europeas que garantizó la plena independencia de Servia, Rumania y Montenegro, creó una Bulgaria autónoma bajo soberanía residual otomana y concedió a Austria el control de Bosnia. En la década siguiente, Grecia compró Tesalia, y Bulgaria conquistó su independencia.

El conjunto de frustraciones de esta decadencia imperial acelerada y la insólita rigidez burocrática del reinado de Abdul Hamil movieron a los oficiales del ejército —los llamados después Jóvenes Turcos— a tomar el poder por medio de un golpe de Estado en 1908. Pero una vez satisfechas las ambiciones personales y olvidadas las consignas comteanas, el programa político de los Jóvenes Turcos se redujo a aumentar el centralismo dictatorial y la represión de las nacionalidades sometidas del imperio[47]. La derrota en la primera guerra de los Balcanes y la desintegración en la primera guerra mundial fue su ignominioso final. El Estado otomano experimentó, pues, nuevas limitaciones y modificaciones en el último siglo de su

[46] H. Inalcik, «Land problems in Turkish history», *The Moslem World*, XLV, 1955, pp. 226-7. Inalcik comenta que los conceptos legales de Occidente se aplicaron por primera vez a la propiedad de la tierra, sin condiciones o estipulaciones, en 1926.

[47] Incluso el más benévolo de los estudios recientes sobre el régimen de los Jóvenes Turcos concluye que fue incapaz de crear ninguna institución nueva y que se limitó a explotar para sus propios intereses los mecanismos tradicionales de poder: Feroz Ahmed, *The Young Turks*, Oxford, 1969, pp. 164-5.

existencia, pero nunca adquirió un nuevo resurgir social. Simplemente, el viejo Estado se hizo cada vez más violento y resquebrajado. La reforma negativa de los «abusos» era intrínsecamente incapaz de desembocar en una reconstrucción positiva del imperio, fuese en la forma de un nuevo sistema político o de la restauración del viejo. El feudalismo no había presidido la formación del imperio otomano y el absolutismo quedaba ya muy lejos de su decadencia. Las tentativas realizadas por las potencias europeas para «alinear» a la Puerta con las diversas normas institucionales de Viena, San Petersburgo o Londres fueron completamente inútiles: la Puerta pertenecía a otro universo. Las reformas abortadas de Mahmud II y de la época *Tanzimat*, seguidas por la reacción de Hamid y por el fiasco de los Jóvenes Turcos, no produjeron ni un neodespotismo turco, ni un absolutismo oriental, ni naturalmente un parlamentarismo occidental. El nacimiento de una nueva forma de Estado tuvo que esperar hasta que la conservación diplomática de las reliquias del antiguo terminase con el conflicto internacional de la primera guerra mundial, que finalmente liberó al reino osmanli de su miseria.

Los Balcanes, sin embargo, fueron liberados del dominio otomano antes del *dénouement* en la propia Turquía. La expulsión de todo el sistema de ocupación otomano de un país tras otro, a partir de comienzos del siglo XIX, condujo a la implantación de un inesperado modelo agrícola, distinto a los del resto de Europa oriental y occidental. Rumania, que históricamente era una última tierra de nadie situada entre los tipos de desarrollo regional de los Balcanes y de más allá del Elba, experimentó el giro más extraño de todos los nuevos países que aparecieron después de 1815. Rumania fue, en efecto, el único país de Europa en el que, después de que una «primera» servidumbre hubiese llegado a su fin, tuvo lugar una verdadera «segunda servidumbre», determinada sin lugar a duda por el comercio de cereales. Las tierras rumanas habían sido las únicas que el Estado otomano dejó bajo el dominio de su propia clase boyarda cuando las invadió en el siglo XVI. La formación de una sociedad rural estratificada, con propietarios señoriales y un campesinado sometido, había sido muy reciente, debido al largo atraso impuesto sobre esta zona por un dominio nómada depredador, que sólo llegó a su fin con la paulatina expulsión de cumanos y tártaros en el siglo XVIII[48].

[48] Los orígenes históricos de la formación social rumana en la época medieval tardía están trazados en H. H. Stahl, *Les anciennes commu-*

La propiedad comunal de las aldeas se extendió hasta el siglo XIV, y sólo con la aparición de los principados de Moldavia y Valaquia en el siglo XV tomó forma una aristocracia territorial que en un primer momento explotó a los productores rurales por medios más fiscales que feudales, de acuerdo con el modelo de los nómadas turcos que habían sido sus maestros [49]. La breve unificación de ambos estados por Miguel I a finales del siglo XVI inició la adscripción generalizada del campesinado rumano. La servidumbre se consolidó más tarde bajo el señorío otomano. En el siglo XVIII, la Puerta confió la administración de estas provincias a las familias griegas fanariotas, de Estambul, que llegaron a formar en los principados unas dinastías dominantes intermedias, los llamados hospodares, en las que la recaudación de impuestos y el comercio ya estaban controlados por griegos expatriados.

El señorío boyardo se vio progresivamente amenazado por la resistencia campesina, que adoptó la característica forma oriental de las huidas en masa para librarse de cargas e impuestos. Los funcionarios austriacos, que ansiaban colonizar las zonas fronterizas recién conquistadas para los Habsburgo en Europa sudoriental, ofrecían interesadamente a los fugitivos rumanos un refugio al otro lado de la frontera [50]. Seriamente preocupado por el empeoramiento de la situación de la fuerza de trabajo en los principados, el sultán ordenó en 1744 a uno de los hospodares, Constantino Mavrokordatos, que pacificara y repoblara los principados. Mavrokordatos, influenciado por la Ilustración europea, decretó la abolición gradual de los vínculos serviles tanto en Valaquia (1746) como en Moldavia (1749), concediendo a todos los campesinos el derecho a comprar su emancipación [51]. Esta medida fue facilitada por la ausencia de una categoría jurídica equivalente a la servidumbre dentro de las provincias del imperio administradas por los turcos. En este siglo no había comercio cerealístico de expor-

nautés villageoises roumaines: asservissement et pénétration capitaliste, Bucarest, 1969, pp. 25-45, una obra muy importante que arroja luz sobre muchos aspectos del desarrollo social de Europa oriental.

[49] Hay una meticulosa periodización de todo este proceso en Stahl, *Les anciennes communautés villageoises*, pp. 163-89.

[50] W. H. MacNeill, *Europe's steppe frontier, 1500-1800*, Chicago, 1964, página 204.

[51] Un análisis de los decretos de emancipación y de la reacción de los boyardos puede verse en A. Otetea, «Le second asservissement des paysans roumains (1746-1821)», *Nouvelles Etudes d'Histoire*, I, Bucarest, 1955, páginas 299-312.

tación, debido a que la Puerta controlaba un monopolio comercial estatal y se limitaba a enviar tributos en especie a Estambul. Sin embargo, el tratado de Adrianópolis de 1829, que dio a Rusia soberanía compartida con Turquía sobre las tierras rumanas, abrogó los controles otomanos sobre la exportación. La consecuencia fue un repentino y espectacular auge de los cereales en el Danubio. A mediados del siglo XIX, la llegada de la revolución industrial a Europa occidental creó un mercado mundial capitalista de un tipo que nunca había existido en los siglos XVI y XVII, con una fuerza de empuje capaz de transformar en unas pocas décadas a las regiones más atrasadas. La producción de grano en los principados rumanos se dobló entre 1829 y 1832, y lo mismo ocurrió con el valor de las exportaciones entre 1831 y 1833. En una sola década, de 1830 a 1840, el área de cultivo cerealístico se multiplicó por diez [52]. El trabajo rural para este impresionante crecimiento se obtuvo por medio de la reimposición de obligaciones serviles al campesinado rumano y del aumento de las prestaciones de trabajo a niveles superiores a los que existían antes de los decretos de Mavrokordatos en el siglo anterior. El único caso auténtico de una segunda servidumbre en Europa fue obra, por tanto, del capitalismo *industrial* y no del mercantil, y no podía ser de otra manera. En este momento ya era posible la presencia de una causalidad intereconómica directa y masiva, actuando a lo ancho de todo el continente, donde nunca había existido dos o tres siglos antes. El campesinado rumano se quedó hundido y hambriento de tierra, en unas condiciones muy semejantes a las del campesinado ruso. Las restricciones serviles fueron abolidas de nuevo por la reforma de 1864, directamente copiada de la proclamación zarista de 1861. Y como en Rusia, el campo rumano permaneció dominado por señores feudales hasta la primera guerra mundial.

Rumania fue, sin embargo, la excepción en los Balcanes. En todos los demás países tuvo lugar el proceso contrario. En Croacia, Servia, Bulgaria y Grecia, las aristocracias locales habían sido aniquiladas por la conquista otomana, sus tierras quedaron directamente anexionadas al sultanato y los invasores turcos asentados en ellas constituían, en el siglo XIX, la mayor parte de la poderosa y parasitaria clase de notables locales *ayans*. Las sucesivas rebeliones y guerras nacionales de libera-

[52] A. Otetea, «Le second servage dans les principautés danubiennes», *Nouvelles Etudes d'Histoire*, II, Bucarest, 1960, p. 333.

ción expulsaron a los ejércitos turcos de Servia (1804-1913), de Grecia (1821-1913) y de Bulgaria (1875-1913). En estos países, la conquista de la independencia política vino acompañada automáticamente por una sacudida económica en el campo. Los señores turcos se marcharon con las tropas que los habían protegido, lo que era normal y comprensible, y dejaron sus propiedades a los campesinos que las habían cultivado. Este modelo varió considerablemente de acuerdo con la duración de la lucha de independencia. Cuando ésta fue lenta y prolongada, como en Servia y Grecia, hubo mucho más tiempo para que durante ella se formase y expandiese un estrato nativo de terratenientes que se apropió directamente los *chifliks* en sus últimas etapas: las ricas familias griegas, por ejemplo, compraron muchas propiedades turcas intactas en Tesalia cuando ésta fue adquirida a la Puerta en 1881 [53]. En Bulgaria, por el contrario, el ritmo más breve y más violento de la lucha de independencia ofreció muchas menos oportunidades para que tuviesen lugar esas transferencias. Pero en los tres países apareció, en último término, una economía rural muy semejante [54]. Una vez lograda su independencia, Bulgaria, Grecia y Servia se convirtieron en países de pequeños propietarios agrícolas, en la misma época en que Prusia, Polonia, Hungría y Rusia eran todavía tierras de latifundios nobiliarios. Naturalmente, la explotación rural no llegó a su fin: los usureros, mercaderes y funcionarios la reprodujeron con nuevas formas en los estados independientes. Pero el modelo agrario fundamental de los países balcánicos se basaba en la pequeña producción, en medio de superpoblación creciente, división de las propiedades y deudas de los campesinos. La retirada del dominio turco significó el fin de la propiedad tradicional. Europa central sufrió un común atraso social y económico a principios del siglo XX, que la separó de Europa occidental. Pero, dentro de ella, el sudeste se mantuvo como una península aparte.

[53] Stavrianos, *The Balkans since 1453*, pp. 478-9.

[54] Albania era un caso diferente por la islamización de la mayoría de la población bajo el dominio otomano y por la conservación de los modelos sociales tribales en las montañas. El reclutamiento turco de albaneses para el aparato de Estado osmanli era algo tradicional; la reacción de Hamid se había basado especialmente en su lealtad. Así, los notables musulmanes locales sólo optaron por la independencia en el último momento, en 1912, cuando ya era obvio que el poderío turco en los Balcanes había acabado. Por consiguiente, la propiedad señorial de la tierra no se vio afectada por el fin del dominio otomano. Por otra parte, el tribalismo montañés de la mayor parte del país limitó inevitablemente la agricultura de grandes propiedades.